ro é inadmisible en nuestro siglo, es el que pretendiera hacer de Dios, un hombre, con caractéres físicos análogos á los que conocemos, ó bien le atribuyese pasiones ó designios pequeños y ridículos; pero imaginarlo capaz de voluntad y de inteligencia y juzgar de estas facultades por lo que de ellas conocemos, si bien procurando en lo posible, salvar la distancia que media entre lo finito y lo infinito, no solo es natural, sino que es el único medio que poseemos para imaginar algo sobre problema tan oscuro. ¿Cómo podrémos discurrir sobre inteligencia ó voluntad, sin referirnos á lo que de estas facultades conocemos, por cuanto á que residen en nosotros? Si existe Dios y es un Sér inteligente, solo el hombre, ó quien como él posea una partícula de inteligencia, es capaz de afirmar y concebir esa existencia.

El hecho de que los niños y los pueblos primitivos tengan la tendencia á suponerlo todo animado en la naturaleza, y á referir los fenómenos de ésta á actos voluntarios, confirma, en vez de invalidar nuestra doctrina, pues revela que ya el instinto dice al hombre lo que despues han comprobado la ciencia y la filosofía. ¿No nos dice aquella, en efecto, segun teorías hoy universalmente admitidas, que existe en nuestros cuerpos y á nuestro alrededor, un movimiento incesante, aunque solo en parte perceptible para los sentidos? ¿y no una recta filosofía, basada en los hechos de todo órden, puede llevarnos á la hipótesis que acabamos de establecer, atribuyendo el orígen de todos los fenómenos á la voluntad de un Sér inteligente y libre?

Las diferencias entre la concepcion instintiva y la científica y filosófica, son sin embargo, fáciles de percibir. En la primera se supone la intervencion, no de una, sino de muchas voluntades, y obrando además, de una manera arbitraria, sin designio ni concierto: en la segunda, la voluntad es una sola y cada uno de sus actos es ordenado y en relacion con los anteriores, porque obra segun un plan, una intencion; de una manera perfecta, para decirlo de una vez.

No obstante que en el curso de esta obra debemos volver á tratar detenidamente varios de los puntos en que ahora nos ocupamos, se nos permitirá, en gracia de la importancia del asunto, consagrarle todavía unas palabras más, para tocar un argumento que suelen sacar los materialistas de la confirmacion que ha encontrado en nuestra época la teoría sobre la unidad de las fuerzas físicas. Demostrada por la ciencia, dicen, la indestructibilidad y eternidad de la materia, y á la vez la de la fuerza, es inútil la hipótesis de un Dios: la materia en movimiento es suficiente para explicar el Universo. La materia en movimiento, segun las concepciones de Demócrito, de Epicuro y de Lucrecio, engendrando un número infinito de combinaciones, podria llegar casualmente á la que nos revela el Universo actual.

Semejante teoría, es insostenible y choca de tal modo con el sentido comun, que ninguno de los materialistas de nuestra época, ha podido aceptarla. Pero supongamos posible tal imposibilidad, ¿qué motivo habria para que esa combinacion producida por el acaso, se perpetuara indefinidamente á traves de los siglos, armonizando y relacionando todos los fenómenos, no solo entre sí, sino con la inteligencia humana que los observa, y formula juicios acerca de ellos? Por eso el materialismo moderno, no crée que sean suficientes la materia y el movimiento obrando

al acaso, y hace intervenir las leyes naturales de toda eternidad.

Pero la ley, dirigiendo los átomos y operando sus infinitas y armoniosas combinaciones, ¿no revela ya una fuerza inteligente y poderosa? ¿y ésta no muestra en esencia lo que caracteriza la nocion de Dios para todos los hombres que admiten su existencia? Descartes, que estaba muy lejos del materialismo ateo, previendo por una intuicion de su genio que las fuerzas físicas se reducen á movimientos de la materia, decia, imitando una célebre frase de Arquímedes: "dadme materia y movimiento y os formaré el mundo." Daba por supuesto, como los sabios al trabajar en sus gabinetes y laboratorios, que las leyes de la Mecánica y en general, las que rigen al mundo físico, seguirian su curso inmutable poniéndose á su disposicion para combinar los elementos que pedia. Y, ¿por qué tal suposicion? Porque la existencia del Universo, para ser concebible á la inteligencia humana, necesita forzosamente tres grandes factores, á saber: materia, esto es, parte inerte y pasiva; movimiento, es decir, fuerza, actividad; y en fin, ley, ó lo que es lo mismo, órden, inteligencia, armonía; de igual modo que, no podemos concebir que exista el edificio más insignificante sin materiales, sin obrero y sin arquitecto.

Pero todavía debemos hacer una salvedad respecto de las fuerzas, tales como se comprenden en las teorías modernas. El Padre Secchi las define "modos de movimiento." Estamos de acuerdo con esta definicion en el terreno científico, para el cual es suficiente, y eso, aun dando por supuesto, que la ciencia llegase á demostrar que la vida y hasta la fuerza psíquica, se reducen á simples movimientos

moleculares, lo mismo que la luz, el calor, la electricidad, etc. Pero en el terreno filosófico, semejante definicion no puede bastar á la inteligencia humana, dados sus instintos y facultades.

Para nosotros, lo que la ciencia moderna ha demostrado, no es la trasformacion de las fuerzas unas en otras,
sino únicamente que, la electricidad, el magnetismo, la luz,
el calor, etc., que se reputaban agentes diversos unos de
otros, no son en realidad verdaderas fuerzas, sino los efectos de una fuerza única é infinita. Se trasforman unos en
otros los movimientos, resultado de la fuerza, pero ésta no
se trasforma ni podria trasformarse, sino que persiste en
medio de los cambios de movimiento, como la materia misma, al cambiar de forma, permanece una é idéntica á sí
propia en la esencia.

Si pues, en la ciencia positiva actual, las fuerzas son modos de movimiento, los movimientos en filosofía, es decir, lo que antes se ha llamado fluidos imponderables y agentes físicos, deben considerarse como modos de manifestacion de la fuerza. La unidad de las fuerzas físicas, lejos de ser favorable á las doctrinas del ateismo y del materialismo, ha venido solo á poner en evidencia lo que ya presentia y afirmaba a priori la metafísica, á saber: que todas las fuerzas y agentes físicos, que todo lo que la ciencia ha considerado anteriormente como una serie diversa de causas. se reduce en definitiva, á una sola fuerza, á una causa única y universal. ¿Qué falta para aplicar á esta causa el nombre de Dios? Solo demostrar, como creemos haberlo hecho ya, que en ella están implícitamente comprendidos todos los atributos sustanciales que encierra esta última nocion, y esos atributos son, segun lo hemos dicho y no nos cansarémos de repetirlo: la fuerza, el poder, la actividad, la inteligencia, la unidad y la inmutabilidad.

La libertad es consiguiente al poder y á la inteligencia, y en cuanto á los demas atributos, cada uno de ellos resultará del exámen minucioso que se haga del Universo físico y moral, que es la obra en que se hallan pintados todos los caractéres del Sér, causa de las causas.

Todavía puede objetarse, contra nuestra concepcion, que hagamos de la fuerza revelada por el movimiento, un acto de voluntad, y á esto contestarémos, que no es posible al espíritu humano concebir de otra manera la fuerza, cuando quiere penetrar en su esencia. Los mismos sabios, al pretender darnos una idea de esa nocion, suelen referirse al sentimiento que experimentamos cuando gastamos nuestra energía nerviosa y muscular, sea resistiendo, sea produciendo nosotros mismos el movimiento. Pero está en nuestra conciencia, que esa energía es un efecto y no una causa, y que si, para que exista, son necesarias varias circunstancias en el órden físico, en el órden psicológico, basta la decision de la voluntad: el acto de querer. Podrá todavía argumentarse que ese acto, es tambien un efecto y no una causa; que en lo intelectual cede á los motivos que da la razon para obrar, y que, aun físicamente, podria explicarse como la consecuencia de ciertas excitaciones cerebrales, de la acumulacion del fluido eléctrico ó nervioso, 6 lo que se quiera. A lo primero dirémos, que los móviles del entendimiento serán la causa final, determinante, racional en una palabra, del acto voluntario, pero que la voluntad es la verdadera causa eficiente, y en cuanto á los movimientos moleculares del cerebro, parécennos solo admisibles como consecuencia y no como causa del acto voluntario. Aun, si se quiere, en la evolucion constante de causas y efectos de que somos testigos, podrán ciertos movimientos orgánicos influir más ó ménos enérgicamente en los móviles finales de nuestra accion, y en tal caso, estos últimos serán tambien un efecto; pero el acto voluntario mismo, tal como lo percibe la conciencia, es irreductible y tiene como causa eficiente, motriz, para decirlo de una vez, la voluntad.

Si este es un error, está de tal manera enlazado á la naturaleza humana, que no nos seria posible libertarnos de él, y cuando á él llegamos, el espíritu se halla tranquilo y satisfecho. Pongamos un ejemplo: Cuando fuera del órden de movimientos naturales á que estamos acostumbrados, observamos algun movimiento, quedamos inquietos mientras no podemos referirlo á un término irreductible para nosotros, es decir, á una ley natural ó á la intervencion de una voluntad. Oigo ruido en una pieza inmediata á aquella en que trabajo; han caido unos libros y se ha movido alguna silla; busco la explicacion de este hecho penetrando á la pieza y encuentro á un niño, cuya presencia allí ignoraba yo, moviendo la silla y revolviendo los libros; no necesito más para quedar satisfecho en cuanto á la causa eficiente del fenómeno, aunque quizás quiera averiguar la causa determinante; la aclaro, en fin: el niño quiso (tuvo deseo de) ver unas láminas: su inteligencia le indicó que para ello deberia tomar los libros, y que para alcanzar estos, necesitaba utilizar una silla, y en seguida comenzó á verificar la serie de actos voluntarios indispensables para llenar su objeto. La voluntad, agente primitivo de cada acto, trasmitió su órden al cerebro y éste, por el intermedio de los nervios, á los músculos de las piernas, de los brazos, etc., que se pusieron sucesivamente en movimiento para la ejecucion de esas órdenes. Esos miembros pusieron á su vez en juego otros agentes físicos más ó ménos complexos, y así como el fisiólogo puede explicar, por las leyes biológicas, la serie de movimientos efectuados en el cuerpo del niño, hasta llegar al agente motriz, la voluntad, así tambien el físico y el mecánico, explicarán la serie de movimientos del órden físico externo, hasta llegar al agente desconocido: la fuerza primitiva. Pero nótese una diferencia: si el fisiólogo como el físico nos han llevado, en ambos casos, por una cadena de causas y efectos, explicables por las ciencias positivas, hasta el punto irreductible; solo en uno de ellos la conciencia nos hizo avanzar un paso más, dándonos la idea, va que no el conocimiento preciso, de la fuerza motriz que produjo toda la serie de fenómenos fisiológicos. Esa conciencia en efecto nos dice, que fué una volicion la causa eficiente de esos efectos, mientras que en el órden físico, externo á nuestra conciencia, nada puede decirnos ésta respecto del carácter de la fuerza primitiva.

Pero la razon penetra en donde la conciencia calla y, si una simple induccion cuya legitimidad nadie pondrá en duda, nos hace considerar como voluntarios muchos de los movimientos que se producen en los cuerpos de nuestros semejantes, y una induccion analógica, tambien generalmente admitida, nos conduce á mirar como voluntarios la mayor parte de los movimientos que observamos en los cuerpos de los animales, aunque difieran mucho del nuestro, una analogía algo más remota, pero siempre lógica, puede racionalmente llevarnos á la conclusion de que, todos los movimientos que se observan en la naturaleza, in-

clusive los que se verifican sin conciencia nuestra en nuestros propios cuerpos, y aun aquellos que teniendo por orígen la voluntad del animal necesitan la union y el movimiento en las moléculas de nuestros órganos, deben ser tambien el resultado de una fuerza análoga,—aunque mucho más poderosa,—á la que nuestra conciencia percibe en nosotros mismos, es decir: una voluntad.

Esta induccion analógica, se confirma observando que, si nuestros movimientos voluntarios, para merecer ese nombre, necesitan ser dirigidos por el entendimiento, que fija las relaciones del fin que nos proponemos alcanzar con los medios que para ello empleamos; en los movimientos de la naturaleza toda, tambien se nota una estrecha relacion de los medios empleados al fin que parece descubrirse, que es el progreso y perfeccionamiento de todos los séres, tomados en conjunto ya que no individualmente. Podrá disputarse sobre si ese fin es ó no benévolo, y este es un punto que examinarémos en otro lugar; pero que hay una correlacion entre las causas y efectos naturales que parece indicar un designio, es un punto que apénas puede ponerse en duda, ya se le llame necesidad, causa final, condicion de existencia ó seleccion natural, etc.

Que en la lucha por la existencia que analiza el darwinismo, tiendan á conservarse los séres que ofrecen más resistencia á las infinitas causas que amenazan la vida; que en la seleccion artificial elija, cuando le es posible, cada individuo al del otro sexo que más le agrada para procurar la perpetuacion de la especie; que los individuos se adapten con más ó ménos dificultad al medio ambiente, cooperando este medio, unas veces al progreso y otras á la decadencia de las razas; que la herencia, en fin, sea un medio

por el cual ciertas especies é individuos adquieren determinadas cualidades: todo esto puede parecernos muy natural, no solo porque estamos habituados á verlo con más ó ménos claridad en el curso de nuestra vida, sino porque, esas leyes, lejos de chocar con nuestra inteligencia, se acuerdan con ella en términos de que, si tuviésemos un inmenso poder y nos propusiéramos el progreso y multiplicacion de las razas,-el paso de lo homogéneo á lo heterogéneo, de lo simple á lo complexo, por un camino lento y progresivo, pero seguro, - probablemente no empleariamos otros medios que los que vemos usados por la naturaleza. Si nuestra inteligencia se ha adaptado al medio en que vivimos y por ello juzgamos sábias las leyes naturales, debe al ménos admitirse que, para nosotros, lo son realmente, juzgando con nuestra inteligencia, lo que es preciso, pues no tenemos otra de que disponer.

En suma, si el progreso incesante es la ley de la tierra, y segun lo probable de todos los mundos que pueblan el espacio, es evidente que los medios empleados por la naturaleza para alcanzar ese progreso, son los más apropiados para el efecto. Si hay pues un plan y una inteligencia que dirige la marcha del Universo, hay tambien una voluntad obrando de acuerdo con esa inteligencia.

Llegados á este punto, la analogía nos hace asociar las ideas voluntad, poder é inteligencia, en una sola entidad, cuyo nombre Dios, brota de nuestros labios, guiados á la vez por el instinto del sentimiento y por las deducciones de la razon. (Por lo que se refiere á la cuestion del libre albedrío, véase la nota núm. 38.)

35. Spencer, los estudios sociológicos y la evolucion.— Consideraciones sobre el estado actual de la Sociología.— La obra

á que nos referimos en el texto, es la introduccion al estudio de la Sociología, publicada por el insigne filósofo inglés, Mr. Herbert Spencer, bajo el título The Study of Sociology, que antes hemos citado. Esta obra y otra que intituló el mismo autor The principles of Sociology, son acaso las más profundas que se hayan escrito acerca de los fenómenos sociales. Dotado su autor de un poderoso genio analítico y sintético, y poseedor además, de una instruccion que sorprende por lo vasto y lo variado, acumuló en las obras que hemos mencionado, los hechos y las conclusiones más curiosas é interesantes que, acerca de aquellos fenómenos, se encuentran esparcidos en una multitud de libros, folletos y periódicos, fuera de un sinnúmero de observaciones y conclusiones propias, cuya originalidad y novedad cautivan, á la vez que ilustran al entendimiento.

En la primera de dichas obras principalmente, á más de definir el método, carácter y alcances de la Sociología, se propuso el sabio inglés, señalar la gran suma de dificultades con que tiene que tropezar esa ciencia para constituirse, y, estudiando en una serie de antinomias las causas morales que pueden perturbar nuestros juicios acerca de los hechos sociológicos, analizó de una manera magistral las preocupaciones patrióticas y antipatrióticas, teológicas é irreligiosas, etc., además de las que nacen de las pasiones, de la educacion, de la clase, de las opiniones políticas, etc., etc. Todos esos estudios encierran un número considerable de fenómenos sociales y, á la vez que demuestran las dificultades de la ciencia, constituyen una buena coleccion de datos para formarla.

En los principios de la Sociología y en los cuadros de Sociología descriptiva del mismo autor, que por desgracia